

La tormenta y el enfrentamiento con el doble. Reflexiones sobre un motivo climático extremo en la obra de Mateo Alemán

The Storm and the Confrontation with the Double. Reflections on an Extreme Climatic Motif in the Work of Mateo Alemán

Philippe Rabaté

<https://orcid.org/0000-0002-7154-3729>

Université Paris-Nanterre

FRANCIA

philippe.rabate@parisnanterre.fr

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 13.1, 2025, pp. 107-118]

Recibido: 17-01-2025 / Aceptado: 25-04-2025

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2025.13.01.09>

Resumen. Este artículo se centra en el estudio del motivo de la tormenta en tres obras de Mateo Alemán, el *San Antonio de Padua* (1604), la *Ortografía castellana* (1608) y la Segunda Parte del *Guzmán de Alfarache* (1604). Más allá del esperado juego de semejanzas y de diferencias, el manejo reiterado de esta metáfora climática revela, si fuera necesario, la potencia del imaginario bíblico del escritor sevillano. En el sinfín de fuentes posibles, tanto clásicas como bíblicas, se desprende la figura del profeta Jonás, aludida en no pocas ocasiones en la obra de Alemán. Mediante el recurso a una analogía imperfecta, el autor del *Guzmán* consigue revelar la profunda maldad de su protagonista y la distancia que lo separa todavía de la «reforma» del desenlace de la obra.

Palabras clave. Mateo Alemán; tormenta; doble; Jonás; retórica; reforma.

Abstract. This article focuses on the study of the storm in three works by Mateo Alemán, the *San Antonio de Padua* (1604), the *Ortografía castellana* (1608), and the Second Part of *Guzmán de Alfarache* (1604). Beyond the expected interplay of

similarities and differences, the repeated use of this climatic metaphor reveals the power of the writer's biblical imagery. In the infinity of possible sources, classical or biblical, the figure of the prophet Jonah emerges, alluded to on many occasions in Alemán's work. By using an imperfect analogy, the author of the *Guzmán* manages to reveal the profound badness of his protagonist and the distance that still separates him from the final "reformation".

Keywords. Mateo Alemán; Storm; Double; Jonas; Rhetoric; Reformation.

A pesar del carácter nómada de las aventuras del pícaro Guzmán de Alfarache, las dos partes de su *Vida* escritas por Mateo Alemán (1599, 1604), no abundan en descripciones de contornos naturales y fenómenos climáticos. O, más bien, cuando el autor decide detener su pluma en uno, le da una significación simbólica que nos invita a abandonar el campo de la filosofía natural para abordar la interpretación moral, siguiendo la obsesión predicadora del galeote «atalaya de la vida humana». Desde esta perspectiva, la práctica alemaniana no es ninguna excepción y se inscribe en la escritura protonovelesca aurisecular que pretende convertir los distintos espacios —naturales o urbanos— ora en escenarios eficaces para el desarrollo de la intriga sin perderse en una evocación larga de las comarcas y ciudades atravesadas por los protagonistas, ora en lugares de cariz simbólico conforme avanzamos en la narrativa del Seiscientos. Conviene, sin duda, matizar el tono algo tajante de esta observación sobre los motivos de la escritura de Alemán y rememorarse uno de los episodios más relevantes de la Segunda Parte, que estriba en la descripción de una tormenta marítima descomunal (II, 9). Como recordará todo buen lector del *Guzmán*, esta escena apocalíptica, que multiplica las precisiones naturales, va a acabar con la vida del criado del protagonista, Sayavedra, nombre derivado del pretendido apellido del autor apócrifo de la Segunda Parte publicada en Valencia (1602), como lo aclara el servidor en una breve «confesión» de su vida, miniatura de la que nos brinda Guzmán:

Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo. Llamábase Juan Martí. Hizo del Juan, Luján, y del Martí, Mateo; y, volviéndolo por pasiva, llámose Mateo Luján. De esta manera desbarró por el mundo y el mundo me dicen que le dio el pago tan bien como a mí. Yo, como no tengo letras ni sé más que un monacillo, eché por esos trigos y, sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allá y púseme su apellido; mas ni estuve jamás en Sevilla ni de ella sé más de lo que aquí he dicho¹.

Este personaje, vinculado estrechamente con la misma escritura del texto, doble integrado en la obra de Alemán de la misma manera que Cervantes absorbe a Álvaro Tarfe en la Segunda Parte de su *Quijote*, acompaña a Guzmán en sus momentos de mayor esplendor y éxito hasta el final de su estancia italiana. Su desaparición repentina durante la tormenta del capítulo IX del Libro Segundo viene a cerrar a la vez la estancia italiana del protagonista y una serie de formas de res-

1. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 509.

puesta al apócrifo². Este episodio extremo, que significa la eliminación de un antiguo rival, merece más atención de la que le ha dado la crítica obsesionada por la rivalidad con el *Guzmán* de 1602, y lo quisiéramos someter a un examen que parte de dos interrogaciones entrelazadas. Ante todo, nos parece determinante recordar las distintas ocurrencias de este fenómeno natural que aparece en tres obras alemanianas, con semejanzas y fines retóricos distintos. Tal consideración serial debe acompañarse de una reflexión sobre el papel decisivo que el autor sevillano le otorga a esta manifestación climática extrema en la trayectoria del propio *Guzmán*, comparado, en algunas páginas de la obra, al propio Jonás bíblico.

1. «SEPULTADOS ENTRE LAS DESCUBIERTAS ARENAS»: TRES ESCENAS CLIMÁTICAS EN LA OBRA ALEMANIANA

Conviene ante todo reconocer que describir una escena de tormenta no contiene en sí una originalidad importante por gozar el motivo de una larga tradición histórica y textual cuando reaparece en la literatura clásica europea. Santiago Fernández Mosquera le dedicó un estudio pormenorizado en el que rastrea su presencia en obras que proceden de distintos géneros, como si la potencia del motivo climático le confiriera plasticidad:

Fue tanta la fortuna del motivo —por ceñirnos al ámbito de la literatura española— que su aparición resultaba obligada en cualquier género y con cualquier disculpa, desde la Edad Media hasta nuestro siglo XVI. Y, lo que resulta más significativo, dichas apariciones no estaban ligadas al género del cual procedía el tópico. Se convirtió, por otra parte, en objeto de estudio y pieza de obligada imitatio tanto de cualquier poeta con alguna pretensión como de la mayor parte de los estudiantes de retórica³.

Ya desde los textos bíblicos —y en particular en el *Libro de Jonás* y los *Hechos de los Apóstoles*—, la tormenta implica o sugiere numerosas implicaciones metafóricas que permiten superar el caos y dar sentido al acontecimiento natural devastador, integrándolo en las manifestaciones de un dios todopoderoso. Es, a pesar del desorden y de la anomalía que supone, una forma de creación que conlleva un carácter descomunal que nos sitúa al límite de la aproximación racional clásica⁴: el caos climático significa más de lo que parece, y el fenómeno debe recibir una interpretación delicada y matizada.

Ahora bien, en sus distintas obras, el autor sevillano maneja con talento la metáfora para integrarla con una variedad de marcos retóricos que constituyen en sí un auténtico reto estilístico. Quizás convenga empezar por la aproximación más

2. Ver Martín Jiménez, 2010, y Álvarez Roblin, 2014.

3. Fernández Mosquera, 2006, p. 19.

4. Precisa así Fernández Mosquera: «La tormenta se cargará de múltiples valores metafóricos, sin llegar a la unicidad del valor simbólico más común —la representación del caos humano o natural—, como corresponde a un tópico abierto y de largo recorrido. Tal vez uno de los más habituales sea la alegoría de la tormenta que sufre el creador o el exégeta, de tanta raigambre humanística y que tiene en Petrarca a su más ilustre representante» (2006, p. 31).

evidente y que parece imponerse a partir de la materia textual, recurriendo a un juego de semejanzas y diferencias en el uso del motivo climático. Empecemos por el caso del *San Antonio de Padua*, texto cuya escritura permanece rodeada de no pocos enigmas como apuntó Henri Guerreiro en un estudio clásico⁵, notablemente desde el punto de vista de las fuentes manejadas por Alemán. En esta hagiografía algo laberíntica, nos quisiéramos detener en el capítulo XII del Libro Primero, titulado «Habiendo pasado san Antonio en África con intención de recibir el martirio, enfermó y, queriendo volverse a Portugal, una tormenta lo desbarató y llevó a Sicilia»⁶, que nos da a conocer esta aventura marítima vivida por el santo:

Y habiéndose ya embarcado, comenzó su navegación con tiempo favorable; mas muy en breve se fue descubriendo un pequeñuelo nublado, a quien poco a poco y en muy poco espacio se fueron llegando muchos, y tantos que el claro sol, que antes había parecido risueño, se puso melancólico, triste, y oscuro el claro día; el aire quedó turbio; todo por todas partes daba muestras de infelices daños y cierta muerte; rompiéndose las nubes despidiendo de sí mucha copia de relámpagos y truenos; el agua crecía por todas partes del cielo y de la tierra; los diestros marineros, con temor afligidos, andaban solícitos, buscando el remedio a su nave donde guarecer sus vidas; veían rotas las velas, los mástiles quebrados, rechinar las tablas, crujir desencajados los maderos, perdido el timón, la jarcia destrozada, la mar furiosa, con bramidos horribles y espantosos, abrirse por mil partes, haciendo de las olas altísimas montañas; ya los levantaba en ellas con tan súbita violencia que les parecía poder asirse a las estrellas con las manos o quedarse subidos en el cielo; luego en el instante bajarse despeñando a los abismos, donde creían ya quedar sepultados entre las descubiertas arenas⁷.

Ya desde esta primera página tormentosa, aparecen unos invariantes retóricos esperados y que van a nutrir la trama narrativa de las distintas descripciones del episodio climático: nacimiento de la amenaza y del temporal, *crescendo* de la tormenta con toda una serie de manifestaciones —reacciones de los marineros y viajeros, súplicas, rezos— clímax y lento *decrecendo* que revela la impotencia de los remedios humanos. Los tropos abundan y se repiten —rica adjetivación, manejo brillante de las hipérbolas, construcción rigurosa de la enumeración, uso de una verticalidad física que permite una dialéctica sutil entre remedios humanos y divinos—, lo que no sorprende al lector acostumbrado al virtuosismo estilístico de Alemán. Esta base estructural de toda descripción debe ser relacionada con el contexto de intercalación de la evocación de la catástrofe climática y, desde esta perspectiva, abundan las diferencias. En el caso de la hagiografía, de manera evidente, se trata de justificar uno de los episodios de la trayectoria del santo: la impotencia de los hombres frente al acontecimiento climático no hace sino revelar la fuerza de la potencia divina, que aplaca la tormenta —«y rendido del amor, obedeciéndole los vientos, la mar, la tierra y cielo comenzaron a sosegarse⁸»—.

5. Guerreiro, 2019.

6. Alemán, *San Antonio de Padua*, p. 243.

7. Alemán, *San Antonio de Padua*, p. 246.

8. Alemán, *San Antonio de Padua*, p. 247.

Llegado a este punto de su narración, Alemán se vale de una comparación que nos parece tanto más llamativa cuanto que es, desde nuestra perspectiva y por razones que vamos a aclarar, una analogía inconclusa e imperfecta. En el imaginario occidental y desde una perspectiva teológica, la referencia a la tormenta se suele relacionar, aunque no de manera exclusiva, con Jonás, profeta que desobedeció las órdenes de Dios para huir en barco lejos de Nínive⁹. El autor del *San Antonio* acude pues a este tópico con una comparación que no le resulta al lector convincente por la falta de semejanza entre el profeta y el santo:

Y como Jonás, deseando escaparse de Nínive¹⁰, salió huyendo por la mar, pareciéndole que pudiera debajo de cubierta, entre las costillas del navío, salir con su intención, y sacándolo Dios de allí lo metió entre las de una espantosa, grande y fuerte ballena para que así navegase aprisionado en aquella oscura cárcel hasta llegar a la parte de adonde huía, estos bienaventurados, diferentemente buscando morir por Dios, no quiere Dios que mueran, pero truecales la voluntad y, en lugar de volver a Portugal como pensaban, los llevó arrebatados de la tormenta y los puso en la parte que convenía y era servido¹¹.

Los puntos que permitirían fundar la analogía entre ambas escenas religiosas son de los más dudosos y carecen de justificación: san Antonio no huyó ni faltó a Dios, no representa una amenaza para el barco y sus viajeros como lo es Jonás, y no nos parece que se pueda considerar el mencionado «trueque» de voluntades a partir de la misma interpretación, a no ser que nos valgamos de un concepto muy acogedor e impreciso de una providencia inexplicable para los humanos. En términos de la *Agudeza y arte de ingenio* de Baltasar Gracián, es más bien un concepto por semejanza incompleto, por tanto, que nos invita a una lectura atenta del manejo conjunto de la metáfora de la tormenta y de la figura del desgraciado profeta Jonás.

Posteriormente, en la *Ortografía castellana* (1608), Mateo Alemán vuelve a valerse de la escena de la tormenta, en una paciente reconstrucción de su autobiografía, destacando el paralelo entre la labor intelectual y las tribulaciones marítimas:

Podría decir, con verdad, haberme sucedido en este viaje lo que a los navegantes, que habiendo salido de abrigado puerto, ya cuando engolfados en medio de algún piélago van viento en popa, corriendo mar bonanza, suele de improviso levantarse muy lejos una pequeñuela marañita que brevemente se cuaja [...]. Ábrense los cielos, despéñanse dellos a el mar mares de aguas, que todas mezcladas, locas y furiosas encrespando las olas, bramando se levantan en alto, formando

9. La vertiente profana, omnipresente en las letras occidentales, es desde luego la *Odisea* y sus numerosas y fascinantes peripecias marítimas. La impronta del modelo homérico sobre el naciente género picaresco fue estudiada desde el trabajo clásico de Ricapito, 1994.

10. Alemán comete aquí un error quizás voluntario ya que, como es bien sabido, Jonás no pudo huir de Nínive, sencillamente porque había tomado el mar para alejarse de ella. Por tanto, no puede ser el punto de partida de su viaje marítimo.

11. Alemán, *San Antonio de Padua*, p. 247.

en pocos trechos muchas altas montañas y profundos valles. Arrebatan la nave y, como a fácil corcho, ya le sepultan en las hondas arenas que el suelo descubren, ya en el instante mismo la levantan, que parece tocar las gavias con el cielo¹².

Perdonamos al lector la mayor parte de la evocación del fenómeno climático que retoma, con menor prolijidad, la retórica hiperbólica y acumulativa del *San Antonio* para detenernos en un elemento nuevo, el recurso al *topos* del buen puerto deseado y alcanzado:

Cuanto más, muchos y tantos, de quien mi navecilla pobre ha sido contratada y perseguida con opiniones y dogmas falsas, propiamente rayos y truenos, inexorables vientos, ondas y soberbios mares, borrasca cruel, para quien como yo se puso al peligro y la tiene sufrida, resistiendo siempre por llegar a este punto, donde ya descansando diré con el poeta: *Inveni portum. Spes et fortuna valet*. Aquí be-saré la tierra, dándole un longum vale a pasados barbarismos¹³.

La clave que nos da el escritor sevillano con esta comparación final con el buen puerto nos permite caracterizar de manera más precisa el uso retórico del episodio de la tormenta. La agudeza de la mención del Nuevo Mundo descubierto —es cierto, autobiográficamente— por Alemán estriba en una bisemia, que añade a la llegada a las tierras mexicanas, lugar de publicación de su nueva obra, la redacción de su *Ortografía*, de suerte que el buen puerto es tanto geográfico como intelectual (la tierra que lo acoge es el terreno propicio a una subversión de los «dogmas» y «barbarismos» imperantes en la península ibérica). La tormenta adquiere así el valor de un rito iniciático de alejamiento de las riberas de la *doxa* y de la metrópoli para alcanzar un saber más apropiado y reflexivo. En esta segunda ocurrencia extensa de la metáfora climática, desaparece, sin gran sorpresa, la figura de Jonás.

Aunque sean distintas en su naturaleza e integración en el relato, las tormentas de la hagiografía y de la ortografía alemanianas nos parecen constituir la mejor introducción a la famosa escena del *Guzmán de Alfarache* cuya complejidad, deseada y casi reivindicada por el autor, merece ahora un escrutinio.

2. GUZMÁN DE ALFARACHE Y LA HERENCIA DE JONÁS

Llegado a este punto de nuestra consideración de las tres escenas tormentosas alemanianas, conviene reconocer que la descripción que aparece en el *Guzmán de Alfarache* es extraordinaria y supera en muchos puntos los dos primeros textos aducidos. Desde luego, no se trata de un juicio de valor, sino de valorar la inserción de la descripción climática en la brillante construcción del hilo narrativo de la Segunda Parte, y las numerosas incidencias que tiene el accidente tormentoso sobre el relato.

12. Mateo Alemán, *Ortografía castellana*, pp. 439-440.

13. Mateo Alemán, *Ortografía castellana*, p. 441.

El episodio participa, como bien se sabe, del momento de transición entre la larga estancia italiana y las aventuras ibéricas que esperan al protagonista en el último momento de su seudoautobiografía. Ya desde el inicio de la evocación, Alemán le da a la tempestad un valor casi bíblico, descomunal, reanudando con las «arenas» del *San Antonio* y una verticalidad prodigiosa que revela la amenaza de un castigo divino de los pecados humanos:

Cerróse la noche y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal. Por lo cual, para evitar que los daños no fuesen tantos, mandaron poner fanales de borrasca. La mar andaba entonces por el cielo, abriéndose a partes hasta descubrir del suelo las arenas. Fue necesario poner en el timón de asistencia un aventajado. El cómitre se hizo atar a el estanterol en una silla, determinado de morir en aquel puesto sin apartarse dél, o de sacar en salvamento la galera¹⁴.

Alemán hace aún más patética la escena, detallando las reacciones desesperadas, cuando no ridículas, de los viajeros aterrorizados:

¿Qué pudiera yo aquí decir de lo que vi en este tiempo? ¿Qué oyeron mis oídos, que no sé si se podría con la lengua o ser creído de los estraños? ¡Cuántos votos hacían! ¡A qué varias advocaciones llamaban! Cada uno a la mayor devoción de su tierra. Y no faltó quien otra cosa no le cayó de la boca, sino su madre. Qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con los otros, como si fueran sus curas o tuvieran autoridad con que absolverlos. Otros decían a voces a Dios en lo que le habían ofendido y, pareciéndoles que sería sordo, levantaban el grito hasta el cielo, creyendo con la fuerza del aliento levantar allá las almas en aquel instante, pareciéndoles el último de su vida¹⁵.

Michel Cavillac subraya acertadamente que esta escena tiene un precedente picaresco notable con el naufragio de Lázaro en la continuación antuerpiense de 1555:

Encomendámosnos a Dios y comenzámosnos a confesar unos a otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decían ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca vi ni oí tan admirable confesión: que confesarse un cuerpo antes que se muera acaeciera cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto. Y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestía, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así, a la verdad, las confesiones eran de cuerpos sin almas¹⁶.

14. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 581.

15. Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 582.

16. *Segunda parte del Lazarillo de Tormes*, pp. 134-135 (modernizo las grafías). Véase la nota 19 del editor, en la que presenta otro ejemplo coetáneo en el *Viaje de Turquía*.

El estudioso del *Guzmán* supone una referencia indirecta del *Guzmán* a esta figura del «laico-confesor», que remite, según él, a unas posiciones teológicas de índole luterana y, por consiguiente, heterodoxas¹⁷. Si la idea de confesión mutua puede leerse dentro del marco espiritual protestante, nos parece que tanto el *Lazarillo* de 1555 como el *Guzmán* no renuncian a sacar todo el partido posible del carácter cómico de esta proliferación caótica de confesiones inacabadas y, sobre todo, inválidas desde la doctrina católica. Cabe reconocer que al episodio no le falta ambigüedad y es, de cierta manera reversible: ¿por qué no ver en estas confesiones laicas una forma de absurdez y la necesidad de volver a dar a los sacramentos (el de la confesión en el caso particular) su fuerza y vigencia? La página alemana no carece de ambivalencia y le cuesta al estudioso llegar a una conclusión definitiva. En cambio, varios elementos de esta tercera tormenta se diferencian de las dos primeras páginas mencionadas y le confieren a la tempestad guzmaniana una singularidad en la obra de Mateo Alemán.

La mera ubicación del motivo climático en la Segunda Parte, durante este viaje de vuelta entre Génova y Barcelona, le confiere un estatuto singular: se sitúa entre dos series de episodios vinculados con un territorio determinado (la Italia de la que sale Guzmán de manera triunfante, la España de la parte final del relato que va a convertirse en el espacio de su derrota y condena al remo), en un lugar marítimo propicio a las aventuras más espectaculares. La deuda del escritor sevillano hacia la novela bizantina y griega no deja lugar a dudas, indicio, si fuera necesario, de que la sola calificación del *Guzmán* como novela «picaresca» le queda un poco estrecha, sobre todo si tenemos en cuenta la variedad estilística, patente en las novelas cortas intercaladas. De manera súbita, Guzmán relaciona esta espantosa tormenta con su propio destino e incluso va a darnos una doble clave para leerla según las exigencias de la «atalaya de la vida humana», subtítulo tan evocador de la obra de Alemán. Esta doble lección permite una apropiación narrativa y vital del asunto climático a partir del uso de dos dobles del protagonista: un doble escondido, Jonás, y un doble anegado, su lacayo Sayavedra¹⁸. Vayamos por partes.

Excelente predicador y conocedor de los textos bíblicos, Guzmán no deja de citar a la esperada figura de Jonás, salvo que, en su caso y de manera contraria a las Sagradas Escrituras (*Jonás*, 1, 11-16), los demás no identifican a Guzmán/Jonás como responsable de este temporal que los amenaza, la imputabilidad queda así suspendida y el protagonista consigue disimular su propia «infamia»:

De esta manera padeció la pobre y rendida galera con los que veníamos en ella, hasta el siguiente día, que con el sol y serenidad cobramos aliento y todo se nos hizo alegre. Verdaderamente no se puede negar que de dos peligros de muerte se teme mucho más el más cercano, porque del otro nos parece que podríamos escapar; empero en mí esta vez no temí tanto aquesta tormenta ni sentí el peligro,

17. Cavillac, 2010, pp. 63-66.

18. Sobre los dobles, véase el estudio clásico de Brancaforte, 1980, que ha supuesto un avance notable.

respecto del temor de arribar: no por el mar, mas por la infamia. Harto decía yo entre mí, cuando pasaban estas cosas, que por mí solo padecían los más, que yo era el Jonás de aquella tormenta¹⁹.

Sin embargo, Alemán no olvida la estructura narrativa del texto hebreo y Sayavedra viene a sacrificarse de manera oportuna para que se conserven los secretos de su amo y su verdadera identidad; así, poco después del final de la tormenta, alterado por una locura tan repentina como misteriosa, se echa al mar para desaparecer definitivamente del relato, última y espectacular respuesta a la Segunda Parte apócrifa de Juan Martí/Mateo Luján de Sayavedra, «sombra de Guzmán de Alfarache» que vuela «por el mundo». Siempre en este afán de «alarde público», relata el héroe alemán esta aniquilación de su doble y servidor ocultando sus verdaderos sentimientos:

Últimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano, a cobrar la deuda vieja del sueño perdido. Todos estábamos tales y con tanto descuido, la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó a la mar por la timonera, sin poderlo más cobrar. Que, cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo a voces: «¡Hombre a la mar!». Luego recordamos y, hallándolo menos, le quisimos remediar; mas no fue posible, y así se quedó el pobre sepultado, no con pequeña lástima de todos, que harto hacían en consolarme. Signifiqué sentirlo, mas la verdad sabe Dios²⁰.

Consideremos primero lo que este episodio significa desde el punto de vista intertextual, en un afán de respuesta por parte del autor sevillano. En su libro clásico sobre Alemán, Donald McGrady se vale de categorías psicológicas más que poéticas, afirmando que «The elimination of Sayavedra seems to disclose a mixture of hate and pity in Alemán's mind: hate for the lack of scruples displayed by Sayavedra and his inventor, and pity for their want of talent»²¹. En su libro estimulante, William Hinrichs propone una interpretación distinta, alzando la figura de Sayavedra al rango de eje dinámico del Libro Segundo del *Guzmán* de 1604: «Sayavedra was the story, was the framed tale and the main tale that kept Part II going. His passing means Guzmán must look elsewhere. He has lost a good friend and good book»²². De hecho, es imprescindible detenerse sobre la realidad de la compasión y del pesar de Guzmán ante la desaparición de su criado, porque en ella se refleja, en gran parte, la relación compleja que mantiene Alemán con su continuador.

Desde este punto de vista, no podemos excluir que Alemán haya tomado como hipotexto que viene a completar la referencia bíblica un episodio de la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, publicada en 1602. Al principio del Segundo Libro de la continuación apócrifa, el cocinero portugués refiere la gran caridad de su señor, el conde de Miranda, afligido éste «porque dos galeras se hun-

19. Es pasaje bíblico ya mencionado (*Jonás*, 1, 3-16).

20. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 583.

21. McGrady, 1968, p. 128. Véase asimismo Cros, 1971, pp. 43-44.

22. Hinrichs, 2011, p. 175 (y, sobre Sayavedra, véanse las páginas 166-177).

dieron en el golfo de Rosas, y en ellas muchas damas y otra gente, de que se hizo mucho sentimiento»²³, lo que conduce Guzmán a proponer a su lector una analogía con la actitud de Francisco Pizarro, quien no dudó en saltar al agua, y poner a riesgo su vida, para salvar a un criado indio suyo («que, pasando el río que llaman de la Barranca, arrebatándole la corriente un indio criado suyo, el marqués se echó a nadar tras él y, cogiéndole por los cabellos, le sacó en salvo»²⁴). Esta breve anécdota parece, según el atinado análisis de David Álvarez Roblin²⁵, haber sufrido un proceso de reorganización y de inversión: el esclavo anónimo se convierte en criado bien conocido, Sayavedra, doble del protagonista, y el amo, lejos de mostrar ni el menor deseo de sacrificarse por salvar a su lacayo, desdice de la nobleza del conquistador, encerrada en la sentencia —apócrifa o real, no tiene mayor importancia— que el continuador pone en boca de Pizarro: «Andad, que no sabéis qué cosa es querer bien un criado»²⁶.

Si no podemos dejar de suscribir a estas interpretaciones convincentes sobre la competencia, a veces muy implícita y solapada, con el continuador anónimo, nos parece que conviene adoptar también una lectura que permita situar al episodio en la trama espiritual del *Guzmán* con el horizonte de la famosa «conversión» final, tan discutida por la crítica alemanista. ¿Qué es exactamente lo que nos dice el texto alemán con este juego sutil con el hipotexto del Antiguo Testamento? Uno de los comentaristas contemporáneos más perspicaces del texto hebreo, el editor Jérôme Lindon, recuerda oportunamente que la huida de Jonás significaba su muerte cuando, paradójicamente, el hecho de quedar arrojado del barco y «sepultado tres días y tres noches en el vientre del pez» (*Jonás*, 2, 1, en palabras de Casiodoro de la Reina), permite un «renacer» espiritual que lo conduce, en los dos últimos capítulos de este brevísimo texto profético, a cumplir con la voluntad de Dios²⁷. Precisamente, la trama del texto alemán es inversa a la del texto bíblico, con una serie de diferencias que desvelan el profundo pesimismo existencial de la obra alemana: en vez de confesar su culpa y de padecer el merecido castigo, Guzmán permanece silencioso y asiste, no sin cierta forma de alivio, a la desaparición de Sayavedra, cuyo sacrificio debe leerse también, en otro plano interpretativo, como una manera de concluir la respuesta al apócrifo. Esta resolución de la tensión moral, muy lejos de favorecer la necesaria «reforma» moral del futuro galeote, muestra el carácter inconcluso e imperfecto de la analogía de la trayectoria del galeote con la del profeta bíblico. La comparación es esbozada retóricamente

23. *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, II, 3, p. 288.

24. *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, II, 3, p. 288.

25. Álvarez Roblin, 2014, pp. 140-141: «Alemán conserve donc les principales composantes de l'anecdote rapportée dans la continuation rivale (la tempête, la noyade, la relation maître-esclave), mais il amplifie ce récit, fait en sorte que celui qui tombe à l'eau ne soit plus un passager anonyme mais un personnage central de l'histoire et, enfin, inverse totalement le sens de ce fait divers. À partir d'un matériau analogue, agencé dans un même ordre chronologique, le romancier sévillan raconte finalement le contraire de ce que son compétiteur avait imaginé». Sobre esta referencia implícita al apócrifo, véanse también las observaciones de Martín Jiménez, 2010, pp. 119-120.

26. *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, II, 3, p. 288.

27. Ver *Jonas*, pp. 37-39, y la preciosa introducción del volumen.

con brío, pero no cumple con todos los requisitos de una semejanza armoniosa y conceptuosa, como la que va a teorizar Baltasar Gracián más de cuatro décadas después de la publicación de la Segunda Parte del *Guzmán*. Sin duda para indicarnos que ya no ha llegado el tiempo de la verdadera conversión del héroe, aplazada por ser demasiado precoz, y que tendrá lugar en otra galera aún más hostil, y sin que intervenga esta vez ningún fenómeno climático extremo.

Al acabar esta breve contribución, no podemos sino interrogarnos sobre la constancia del recurso de Alemán a este motivo novelesco. De cierta manera, no todas las «arenas descubiertas» se parecen y equivalen: cada escena tormentosa se integra en una trama distinta —hagiográfica, autobiográfica e intelectual, novelesca— y, a pesar de ciertos rasgos retóricos comunes e identificables (crescendo y decrescendo, hipérbolos, dialéctica entre remedios humanos y divinos), el manejo del motivo en el *Guzmán* supera los dos primeros por su sutileza, por lo que nos desvela y oculta a la vez, prefigurando las grandes arquitecturas narrativas barrocas que le suceden. El atinado y esclarecedor juicio de Baltasar Gracián, gran lector de la *Atalaya de la vida humana*, hace del libro alemán una de las mayores «epopeyas» del Seiscientos —«aunque de sujeto humilde»— género al que define, recordémoslo, como una «Composición sublime por la mayor parte, que en los hechos, sucesos y aventuras de un supuesto, los menos verdaderos, y los más fingidos y tal vez todos, va ideando los de todos los mortales. Forja un espejo común y fabrica una testa de desengaños»²⁸. En esta epopeya moderna, de indudable cariz espiritual, la analogía con la figura de Jonás viene a nutrir el sinfín de dobles y proyecciones de Guzmán, y constituye una de las numerosas «piedras» que el narrador-galeote va «amontonando» con el fin de «fabricar un hombre perfecto»²⁹.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Real Academia Española / Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2012.

Alemán, Mateo, *La obra completa, 1: Obra varia*, ed. Marciala Domínguez García, Manuel García Fernández, Pedro M. Piñero Ramírez y Francisco Ramírez Santacruz, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2014.

Alemán, Mateo, *La obra completa, 2: San Antonio de Padua*, ed. Henri Guerreiro y Marc Vitse, Madrid / Frankfurt am Main / Sevilla, Iberoamericana / Vervuert / Universidad de Sevilla / Junta de Andalucía, 2014.

Álvarez Roblin, David, *De l'imposture à la création. Le «Guzmán» et le «Quichotte» apocryphes*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014.

Anónimo y Juan de Luna, *Segunda parte del Lazarillo*, ed. Pedro M. Piñero, Madrid, Cátedra, 1999.

28. Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, II, p. 199.

29. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, p. 441.

- Brancaforte, Benito, «Capítulo IV. El papel de los dobles», en *Guzmán de Alfarache: ¿Conversión o proceso de degradación?*, Madison, Hispanic Seminar of Medieval Studies, 1980, pp. 93-137.
- Cavillac, Michel, «*Guzmán de Alfarache*» y la novela moderna, Madrid, Casa de Velázquez, 2010.
- Cros, Edmond, *Mateo Alemán: introducción a su vida y a su obra*, Salamanca, Anaya, 1971.
- Fernández Mosquera, Santiago, *La tormenta en el Siglo de Oro. Variaciones funcionales de un tópico*, Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2006.
- Gracián, Baltasar, *Agudeza y arte de ingenio*, ed. Evaristo Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1988, 2 vol.
- Guerreiro, Henri, *La teología del «San Antonio de Padua» de Mateo Alemán*, Toulouse / Sevilla, Presses Universitaires de Midi / Universidad de Sevilla, 2019.
- Hinrichs, William F., *The Invention of the Sequel. Expanding Prose Fiction in Early Modern Spain*, London, Tamesis Books, 2011.
- Jonas*, trad. Jérôme Lindon, Paris, Éditions de Minuit, 2019 [1955].
- Martín Jiménez, Alfonso, *Guzmanes y Quijotes. Dos casos similares de continuaciones apócrifas*, Valladolid, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2010.
- McGrady, Donald, *Mateo Alemán*, New York, Twayne Publishers, 1968.
- Ricapito, Joseph V., «Classicality in the Spanish Golden Age: Gonzalo Pérez' Translation of *La Ulixea* and the Origin of the Spanish Picaresque Novel», en *The Picaresque. A Symposium on the Rogue's Tale*, ed. Carmen Benito-Vessels y Michael Zappala, Newark, University of Delaware Press, 1994, pp. 35-56.
- Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, ed. David Mañero Lozano, Madrid, Cátedra, 2007.